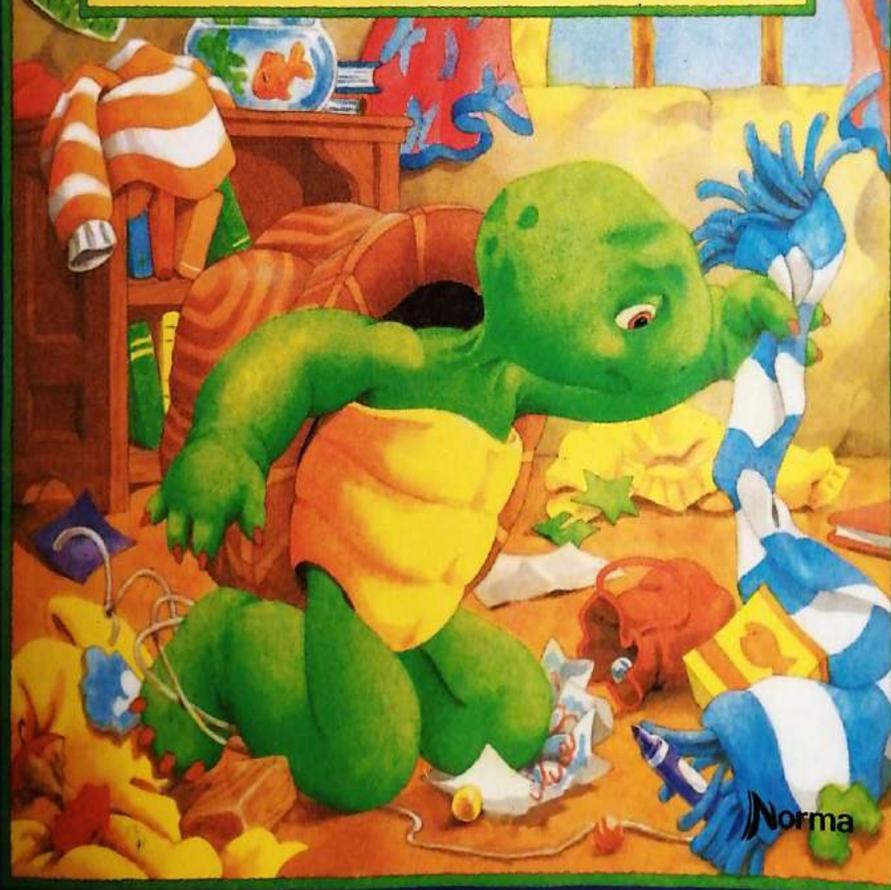


EL DESORDEN DE
Franklin

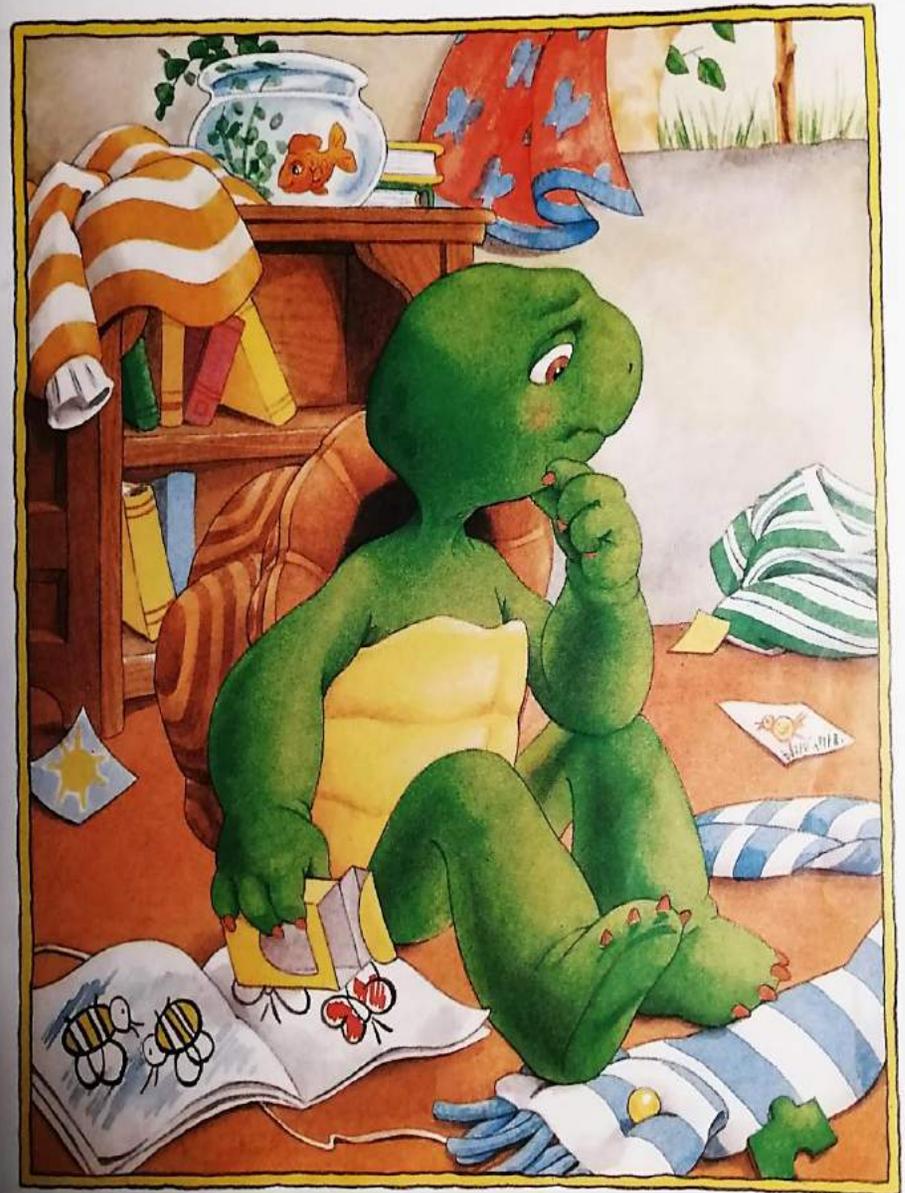
Paulette Bourgeois • Brenda Clark



Norma

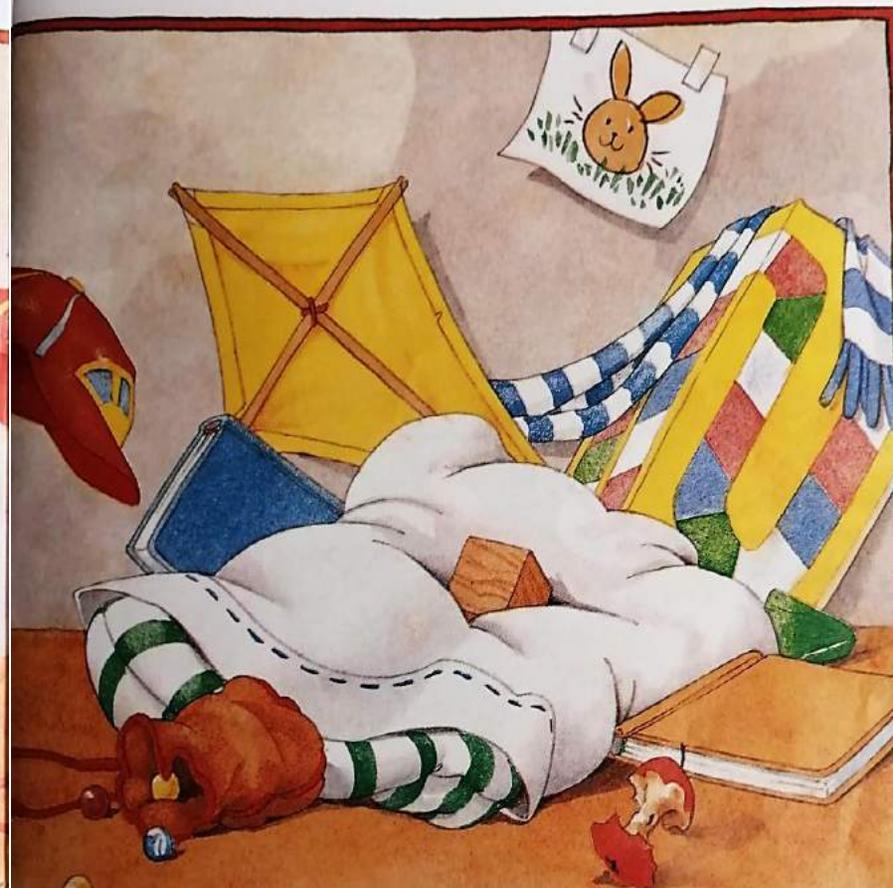
El desorden de Franklin

FRANKLIN podía contar hacia adelante y hacia atrás. Podía subir y bajar cremalleras y abotonar botones. Pero Franklin era tan desordenado que casi nunca podía encontrar las cosas. Aun las cosas especiales.

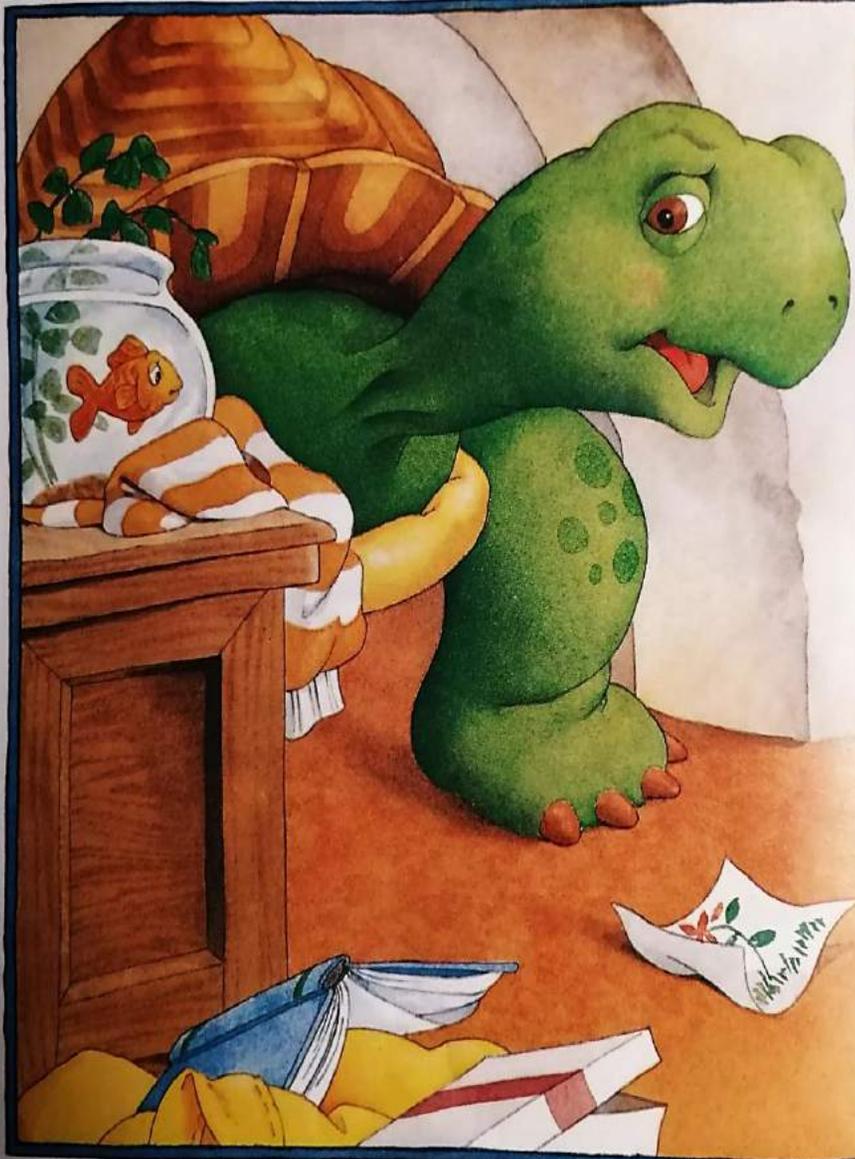




Un día Franklin estaba buscando su espada, que era especial porque él mismo la había hecho con cartón, madera y cuerda. Franklin la necesitaba para jugar a Los Caballeros Armados con sus amigos.



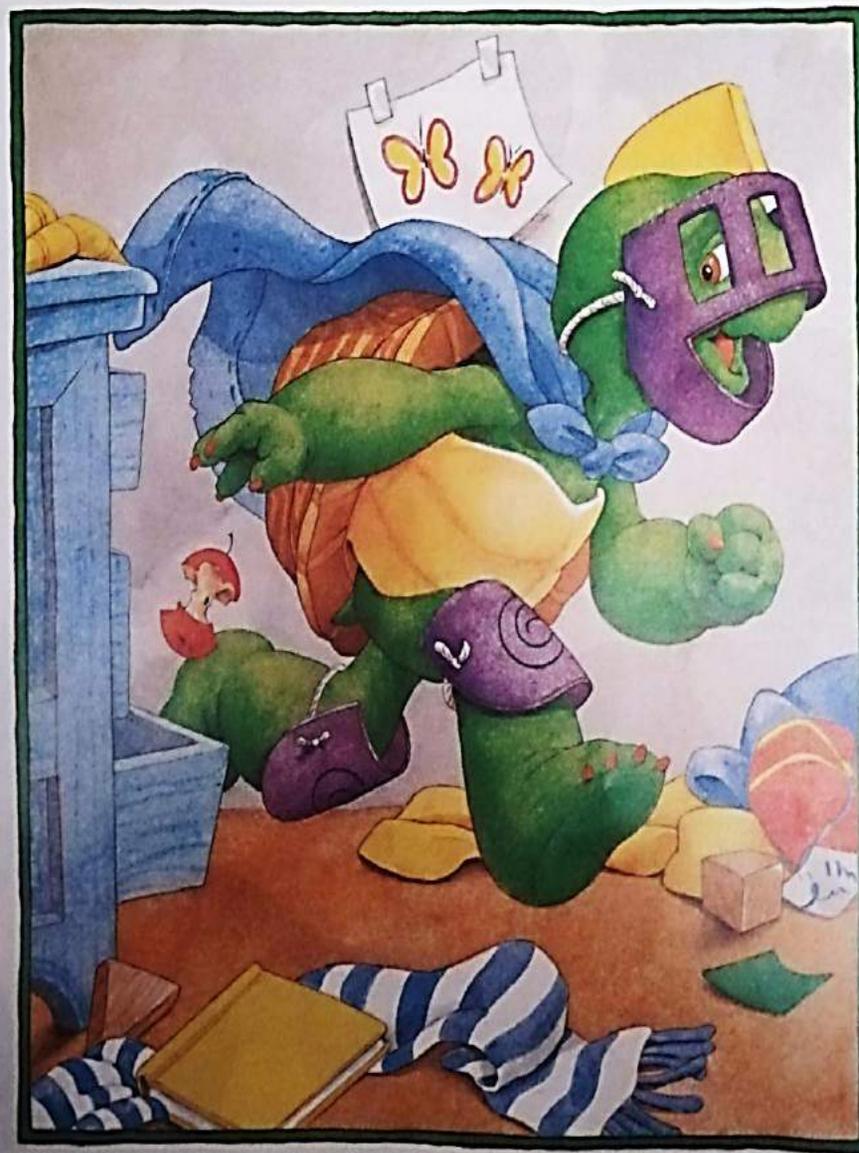
Buscó por todas partes. Encontró la bolsa de canicas que pensaba que se había perdido. Encontró una manzana mordida. Hasta encontró su gorra de béisbol favorita. Pero no pudo encontrar su espada.



—¿Has visto mi espada? —le preguntó Franklin a su mamá.
La mamá de Franklin echó un vistazo por la habitación y negó con la cabeza.
—Lo único que veo es un gran desorden. Por favor ordena este cuarto antes de ir a jugar.

Franklin refunfuñó. ¿Por qué tanto alboroto por un poco de desorden? Tenía cosas más importantes de qué preocuparse. Podía perderse el juego de Los Caballeros. Franklin se apresuró. Abrió su armario y amontonó todos los libros adentro. Apiló todos los bloques en la mitad de la habitación. Echó la gorra en un rincón y metió la manzana en una gaveta.

—¡Terminé! —se dijo a sí mismo. Pero no había encontrado su espada.



Cuando llegó a la casa de Oso, todos sus amigos ya estaban jugando a Los Caballeros Armados. Oso cortaba el aire con su espada y Castorcita embestía contra los dragones malvados.

—¡De prisa, Franklin! —le gritó Oso—. Te necesitamos.





No puedo –susurró Franklin. Pararon de jugar.
–¿Por qué no? –preguntaron.
–No tengo mi espada –dijo Franklin.
Oso estaba decepcionado.
–¿Pero cómo podemos jugar a Los Caballeros sin espadas?
–preguntó.
Franklin empezó a buscar y encontró un palo en el suelo.
–Usaré esto –dijo.





Pelearon contra los dragones toda la tarde.
-Mañana -dijo Franklin- tendré mi propia espada.
Entonces podremos salvar a Lady Castorcita de un
dragón lanza-fuego. Somos los valientes Sir Franklin y
Sir Oso.

Castorcita dio un golpe fuerte en el suelo con la cola.
-No quiero que me salven. Yo quiero ser un
caballero valeroso también.

-Está bien -dijo Franklin-. Puedes ser Sir Lady
Castorcita y juntos salvaremos al rey.

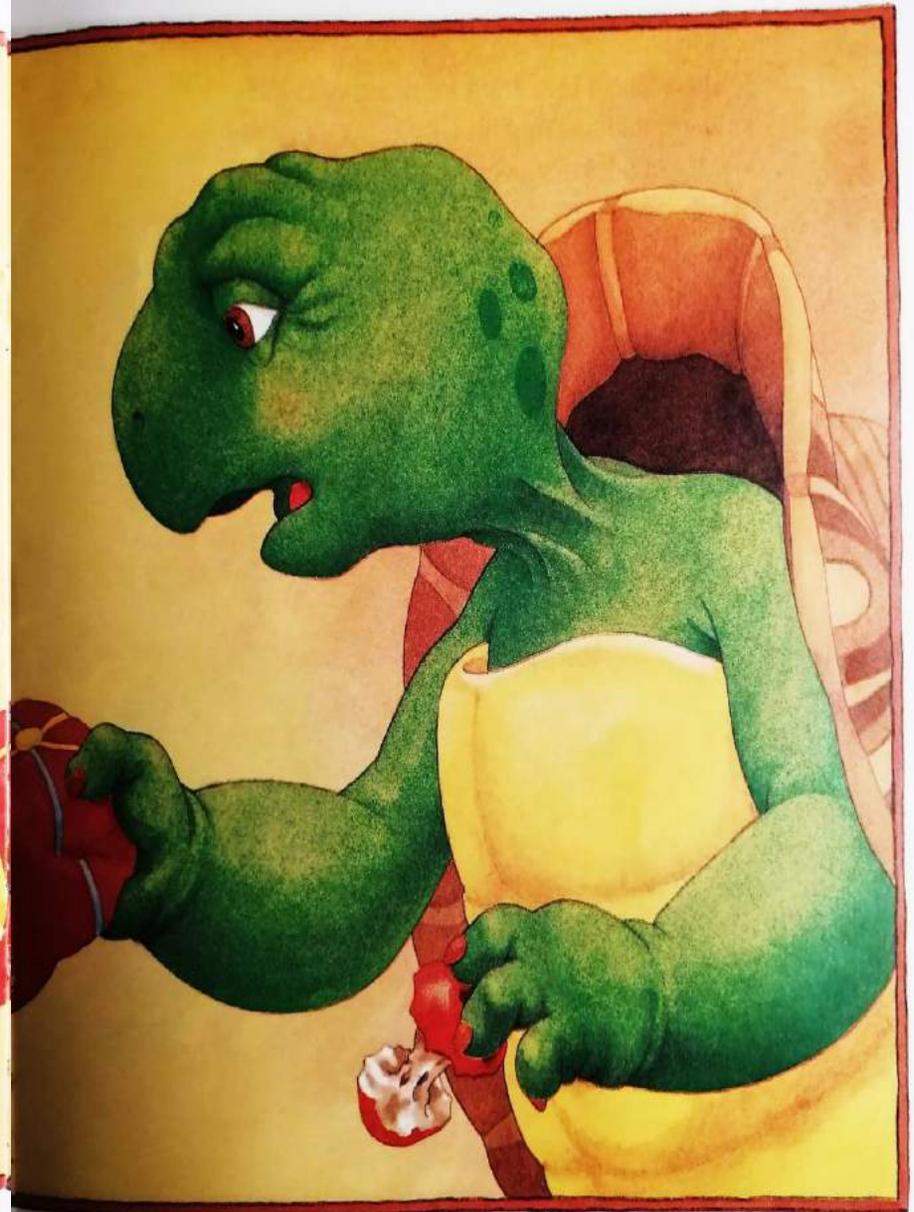
-Necesitarás tu espada especial -dijo Oso.

-Claro que sí -dijo Franklin.



Cuando Franklin regresó a casa, su papá estaba molesto.
–Encontré esto en tu gaveta –le dijo, sosteniendo la manzana–. Ese no es su sitio. Y encontré esta gorra en el piso. Ese tampoco es su sitio.

Franklin echó la manzana en la basura y colgó la gorra.
¿Por qué tanto alboroto por un poco de desorden?

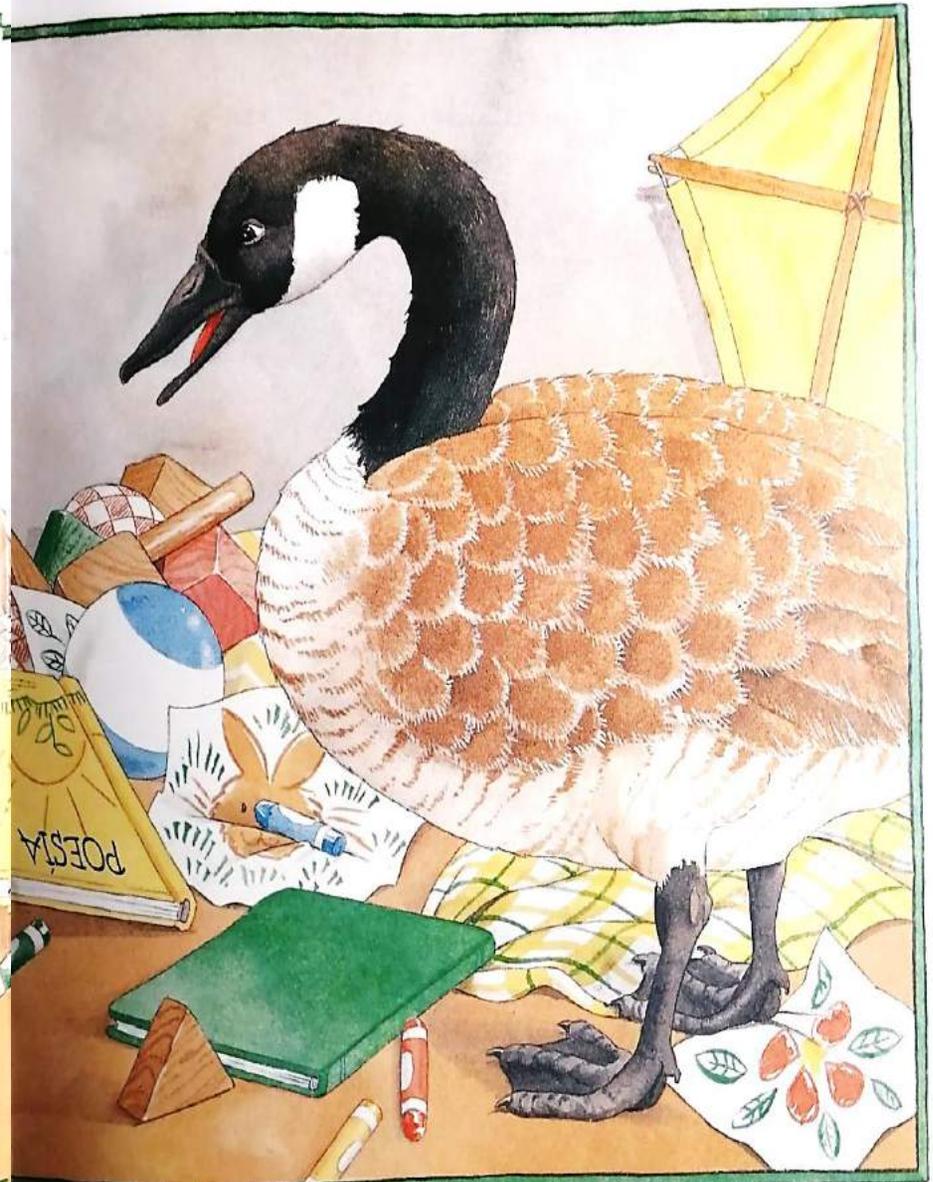


Gansa vino a buscar un rompecabezas que había prestado a Franklin.

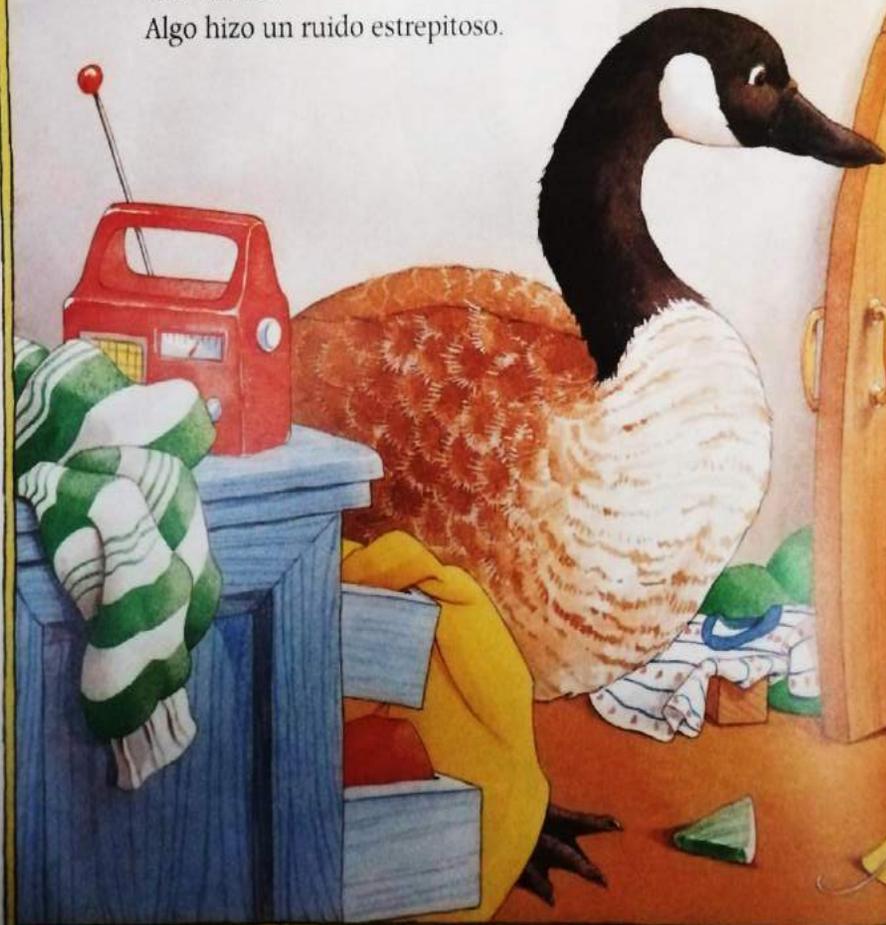
—¿Me puedes devolver mi rompecabezas, por favor? —dijo Gansa.

Franklin buscó, pero había tanto desorden en el cuarto que no podía encontrarlo entre todos los libros, los crayones y los bloques.

—Tal vez está en el armario —dijo Franklin.



Franklin abrió la puerta del armario y entró en él. También había mucho desorden allí dentro.
¡Crr-ONCH!
Algo hizo un ruido estrepitoso.



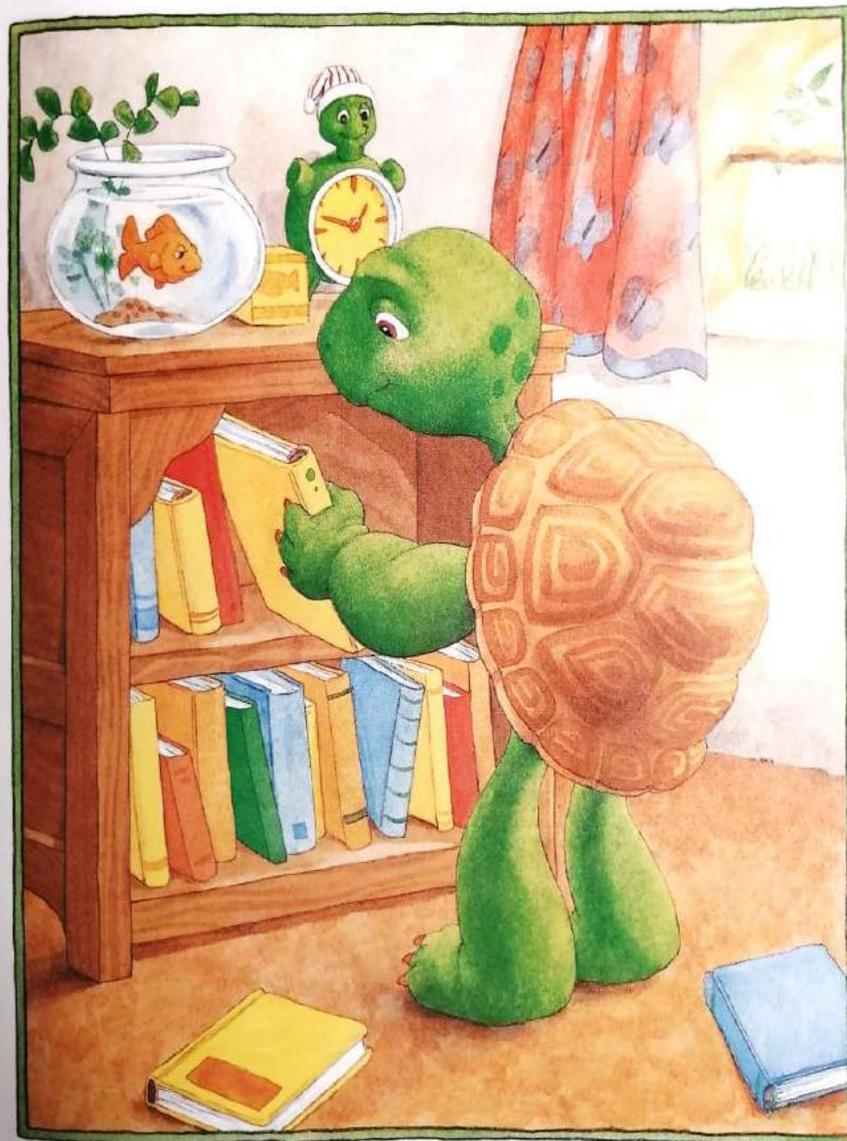


Los papás de Franklin corrieron a la habitación.
-¿Estás bien? -le preguntaron.
-Yo estoy bien -dijo Franklin-, pero mi espada no.
Les mostró los pedazos rotos.
¡Que desastre! -dijo Franklin con tristeza.
-Tal vez necesitas más lugares donde poner tus cosas -dijo la mamá de Franklin.

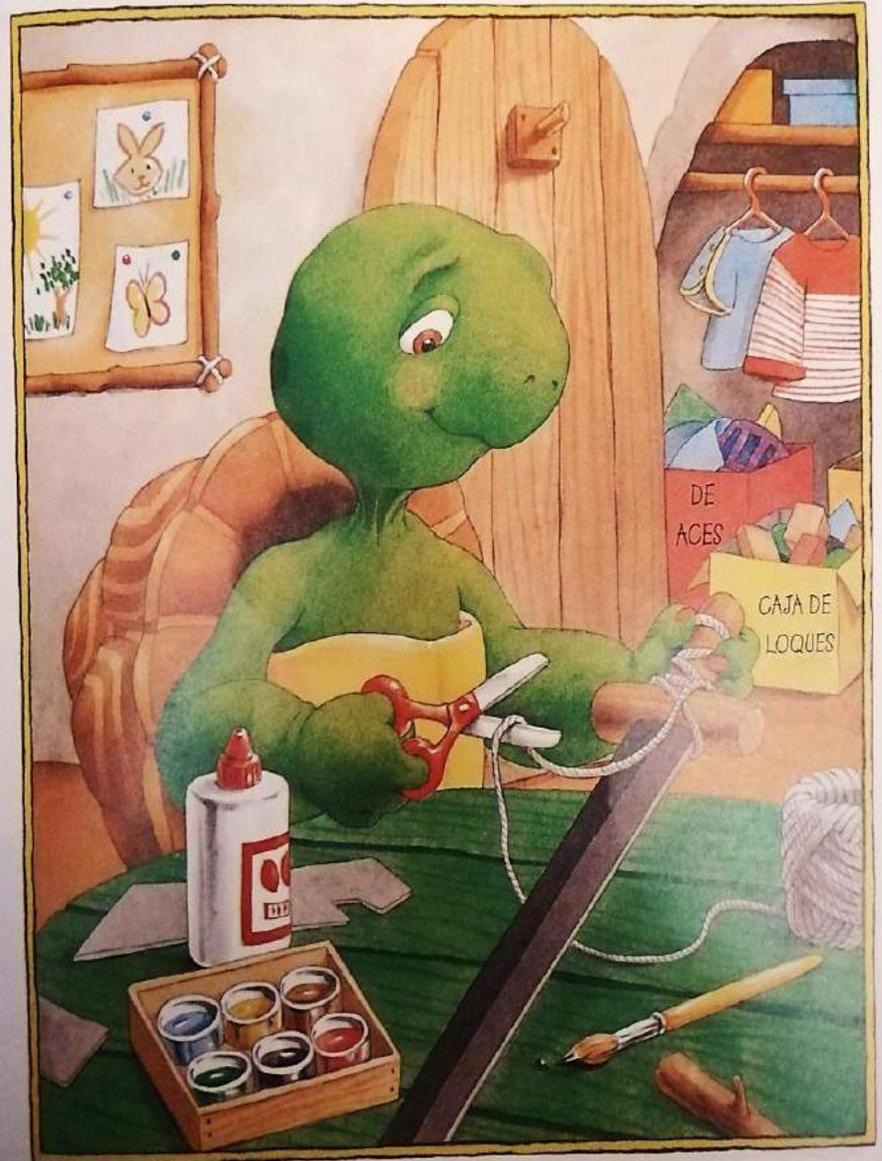


Encontraron unas cajas en el sótano.

Las pintaron y les pusieron nombres: caja de juguetes, caja de rompecabezas, caja de disfraces, caja de bloques. Pusieron los libros en el anaquel para libros. Luego pusieron un gancho especial detrás de la puerta para una espada nueva.



La limpieza tomó mucho tiempo, pero fue muy buena idea porque Franklin encontró muchas cosas que pensaba que había perdido. El rompecabezas de Gansa, su crayón morado preferido y suficiente cartón, madera y cuerda para hacer una nueva espada y hasta un escudo.





A la mañana siguiente, Franklin se puso su armadura completa. Estaba muy orgulloso de su nuevo escudo. Decía: Sir Franklin, Leal y Valiente.

–Sir Franklin – le dijo su mamá–, creo que se te olvidó algo –y le susurró al oído.

Franklin sonrió. Con un crayón le añadieron dos palabras más al escudo.



